

## Notas y Documentos

### ELOGIO AL ESCRITOR

El día 3 de diciembre último la ciudad de Traiguén—caso no frecuente en la provincia chilena, en un acto de gran relieve y emoción, declaró Hijo Ilustre, al escritor Luis Durand, «en homenaje a su hermosa labor literaria», según reza la inscripción de la medalla de oro que en ese acto se le otorgó.

Fernando Morales Godoy, culto y fino espíritu que hiciera labor de Crítico literario en «El Sur» de Concepción con el pseudónimo de «El bachiller Audaz», sintetizó su impresión de la labor del escritor y de la actitud para con él de su ciudad natal, en el bello discurso que se inserta en estas páginas. Fernando Morales, desempeña en la actualidad el cargo de Juez de Letras de Traiguén.—J. C. J.

Un extraño e impío realizador de bellezas literarias argüía que la vida es solo latir de deleznable arteria, y otro, no menos impío y extraño, decía que la vida no es más que un amplio y acogedor recinto con innúmeras puertas hacia el infinito y que había que apresurarse en abrir el mayor número de ellas antes que se abriera para cada uno de nosotros, la gran puerta mis-

teriosa, la nuestra, que nos conducirá por las avenidas apacibles de la eternidad y del olvido...

El primero era un glosador maravilloso y se fué sin descifrar el misterio; el segundo, que también intentaba penetrar en el arcano de la existencia, era un cirujano que con las vestimentas blancas, bisturí en mano, detrás de la mesa de operatoria, gozaba leyendo con atención los versos amables de un poeta arcaico, que luego dejaba para adentrarse en los tomos de literatura, filosofía, arqueología que llenaban los anaqueles, los cuales por turno, en horas quietas, eran puertas generosas por las cuales podía penetrar silencioso y emocionado a mundos nuevos...

Cada puerta, por propio designio, conduce a rutas diversas: por una de ellas se llega al cultivo de la ciencia, vasta y profunda, y en sus disciplinas y vigiliias se forman los sabios y los doctos, por otra se llega al cultivo del arte, maravilloso y denso, y en sus afanes y desfallecimientos surgen los pintores y escultores; por otra se llega al cultivo del espíritu, realizador y perspicaz, para dar el embellecedor de la idea con la rica hojarazca del vocablo... y así, por cada puerta se llega a mundos desconocidos... mundos en los cuales vivir es algo más que mirar y oír; vivir es hacer.

Una de las puertas encantadas se abre sobre el jardín del ensueño, allí donde el espíritu crea el ideal y la belleza, que se traducen en versos cautivantes o en prosas sugestivas. Y quizás si sea lícito creer en la herejía de hacer un mal verso, de escribir una mala novela, a quedarse estático y carente de impulsos creadores. Sin balbuceos, sin tentativas, sin frustramientos, nunca se abrirá puerta alguna del recinto amplio y acogedor, que es la vida... Quien no ensaya no llega a la cima, y el alma tiende a la altura; por sobre las pequeñas cosas inertes palpita la grandeza maravillosa del espíritu creador, que por inexorable forzosidad de realizar bate las alas poderosamente sin término ni agotamiento.

El espíritu creador realiza el adagio de predicar con el

ejemplo. Cada creador de belleza, en verso o en prosa, en su vitalidad forjadora, es la acción misma, son las ansias y los afanes del orfebre, hechas realidad arrobadora...

Un creador de belleza en sus decisiones de voluntad enraíza en cada una de sus obras garfios de eternidad. Las crea con los inquietos vuelos del espíritu, y con los variados instrumentos del lenguaje, nos las entrega al goce inefable. Es la obra típicamente noble, la creación, específicamente, pura, sin mancha, diríase inmaculada en su concepción y en sus nobles perspectivas. Es la faena de crear sin destruir, sin aniquilar nada, al revés de lo que pasa en el mundo orgánico, físico, material, en que toda vida sin excepción se nutre de otra vida. La consigna en el mundo fisiológico, es matar para subsistir; se aniquila el ave, se desarraiga la planta, se coge el fruto en sazón, vidas todas, y pronto, cadáveres destinados a la continuidad o a la formación de otras vidas... En el mundo espiritual, crear es embellecer, sin destruir... es llevar al alma, limpiamente, los goces inefables, plenos de recogimiento y de íntima satisfacción.

Pero mirando el mundo en su desnudez, no es fácil seguir creyendo en la belleza de las cosas, si se ven las alas del ave de rapiña tarjar en el aire zumbonas y amenazantes, si se ve que las poderosas garras hieren y matan, si se ve como los hombres enloquecidos se cruzan en una lucha criminal de exterminio... Lo que pone a prueba la serenidad del espíritu es la obra hermosa del escritor, que llega hasta nosotros cantando la belleza. Es fuente de remanso, saciadora de sed... Algunas con fortuna logran la universalidad, se hacen eternas, otras desafortunadas, no alcanzan la plenitud, quedan en rezago; cada cual tiene como los hombres su destino... ¿Cómo empiezan? Son a veces una ráfaga en la mente agitada del escritor, un simple balbuceo, un alegre juego mental, que luego se transforman en preocupación constituyen un fervor, y las más de las veces, son una franca obsesión.

Hay en el realizador de belleza espiritual, la inquietante fe del cruzado, la severa disciplina del asceta, la grávida preocupación del maestro, persiguiendo, obstinadamente, las ideas en su tránsito fugaz por la mente, estando el espíritu exaltado, vehemente, frenético... es la tragedia del alma creadora frente al espectáculo maravilloso de la belleza que pugna por hacerse tangible a través del verbo.

Después, el vaciado de la idea, la búsqueda del cauce material, lo coloca en lucha con los vocablos, hasta que al fin el realizador de bellezas logra voluptuosidad en la medida de la frase, que es la realidad más objetiva de todas.

El escritor que logra burilar la frase, juega con la ironía, da cierta magnificencia a las ideas pequeñas, reviste de sutileza los pensamientos pomposos, sostiene la emoción en el límite preciso... Creado el estilo los temas se deslizan nutridos y variados. La realidad ambiente, la perseverancia en los matices de cada motivo, la agilidad del espíritu en la constante disciplina, la sobria captación del rasgo vital, concluyen, a la postre, por dotar, inconscientemente, al creador, del desenfado y ductilidad evidentes que lo instan a producir, a crear, continuamente, con gozosa superación.

Tal es el caso de Luis Durand. La casi veintena de obras que ha dado a la publicidad, jerarquizadas en méritos y con patente de contenido humano, le dan un lugar espectable en la literatura nacional, desde el cual, como un sacerdote en su púlpito, dice sus emociones con la serena tranquilidad de su alma, sencilla y noble.

El desmadejamiento del tema costumbrista ha sido interés dominante en su vida entera, ha sido el modo radical de su existencia, y en él, ha encontrado vetas inexploradas, ricas, fecundas e inagotables. Ha sido el minero pertinaz y anheloso dispuesto a renovar la labor agotadora para no cesar jamás.

La labor densa de Luis Durand, obedeciendo a una ley de gravitación, llamada a traspasar los lindes patrios, se ha resu-

mido en su libro *FRONTERA* que tiene por teatro esta región, grata y querida al escritor, como a nosotros mismos.

En ésta su nueva obra, la frase ondula cargada de expresiones vernáculas, de parajes y nombres conocidos, de personajes que han deambulado en un instante del pasado. Está en ella el habla común con melancólicas caricias. El que no la lea, nunca sabrá lo que es la realidad ya en fuga de esta tierra, en una etapa brusca, apasionante, humana, novelesca y triste... En cada ademán interpretado supo el gran escritor costumbrista dar una sensación teñida de densa vitalidad.

Para Traiguén Luis Durand es un caso de conciencia. La apatía ambiente, el desgano por las faenas del espíritu, la tranquilidad de la vida laxa, habían hecho olvidar su fe de bautismo. Ahora una ráfaga restauradora y justiciera ha esfumado la neblina del olvido, ha despejado la atmósfera, y en este día pleno de sol, los espíritus se han volcado plenos de emoción, y la ciudad toda, ha abierto sus brazos rudos para tributar al creador de bellezas un homenaje digno de su valía, honra de la región nativa.

Bonito gesto éste de la ciudad pequeña, que alejada de las rutas de la civilización, hundida en la hondonada, mediterránea y laboriosa, ha hecho un alto en la rutinaria labor de cada día, para expresar su admiración a un hijo que lejos de aquí, creando belleza con renovado ademán, ha sabido enriquecer el acervo literario de la nación.

La quieta ciudad se ha vindicado con este gesto generoso, y el corazón sensible del escritor que se alejara hace treinta años en la búsqueda afanosa de nuevas rutas, está en estos instantes rebosante de goce pleno como está el nuestro.

Este homenaje que rara vez rinde una ciudad a un hijo que en el cultivo de la belleza logra definición, que fué hasta ayer una acariciante esperanza, mañana no será más que una bella nostalgia, pero este minuto tiene para él sabor de eternidad y para la ciudad satisfacción plena, que ha hecho justicia en

un día claro de diciembre de este año de gracia que dió a la literatura nacional una obra costumbrista trascendente.

La vida seguirá después su ritmo diario, volverá el escritor a sus faenas espirituales, la ciudad se entregará a su vida sin alteraciones y tal vez, así como dijo el poeta: «vida, nada te debo, nada me debes, estamos en paz», la ciudad diga al escritor, pasada la emoción: «Luis Durand, nada me debes, nada te debo, estamos en paz...» y quizás si Luis Durand, a su vez, diga: «ciudad mía, nada me debes, nada te debo, estamos en paz...»—FERNANDO MORALES GODOY.